

No me refiero al hechizo que según la credulidad del vulgo consiste en privar a otros de la salud, en trastornarles o causarles algún otro daño en virtud de pactos hechos con el diablo, sino a ese otro hechizo que hace que las cosas que nos rodean, nos atraigan cautivando nuestra voluntad, porque nos proporcionan un gran deleite y un dulce embeso.

Si digo que Rentería posee la hermosura y gracia que cautivan a las gentes, conseguiré que más de un dedo índice simule taladrar la sien para ajustar algún tornillo, pero, sin embargo, he comprobado que aun careciendo de esas gracias, Rentería tiene o ha tenido su hechizo, a juzgar por el profundo cariño que sienten por su pueblo muchos renterianos de la anterior generación, los cuales, con el rosario de los recuerdos van tejiendo voluntariamente a su alrededor una red que les impide mirar al exterior, y en la que con orgullo y placer viven aprisionados.

Si no hay efecto sin causa, la única explicación para mí, del sentimentalismo de estos admirables renterianos, es la de que viven hechizados; y un poco por curiosidad juvenil y un mucho por ser hijo del pueblo, he buscado inútilmente por todas partes la causa de este orgullo y felicidad, poco acordes con la mentalidad que la vida actual ha formado en nuestra generación, más materialista y positivista.

Según los pobres conocimientos que de mi pueblo tengo, Rentería no forma parte de esos pueblos y ciudades que con sus monumentos cargados de historia y leyenda nos embrujan, y, por ello, sus edificios, destinados a albergar familias de trabajadores, me hablan de sufrimientos y alegrías que todos conocemos, pero nada me dicen del motivo que me interesa, y por ello busco en el marco de su paisaje lo que no he podido hallar en el cuadro de su retrato.

Asomándome a una de las muchas ventanas que el pueblo tiene, me veo en la ermita de Zamalbine contemplando un paisaje encantador. Todo lo que mis ojos abarcan parece una inmensa alfombra de hierba, de la que brotan, diseminados, algunos caseríos cuyas fachadas parecen más blancas por el contraste del rojo de sus tejados y el verde de la hierba que les circunda.

Es tan hermoso lo que tengo ante mis ojos, que por un momento he creído haber encontrado el hechizo que buscaba, pero al cabo de unas horas siento que me pesa su terrible silencio y me cansa tanta paz y tranquilidad.

Descontento de mi fracaso que atribuyo a mi falta de sensibilidad, abandono mi atalaya convencido de que nunca llegaré a descifrar el motivo de orgullo de esos viejos renterianos, pero cuando menos lo esperaba, lo que no he podido conseguir en mi búsqueda, me lo ofrece con admirable simplicidad una conversación de dos viejos amigos separados durante muchísimos años.

Hará aproximadamente tres meses que, después de muchísimos años de ausencia «en las Américas», llegó a nuestro pueblo uno de esos renterianos de corazón. Antes de emprender su viaje, un alma caritativa le previno contra la desilusión, porque según he oído decir, la nostalgia, la distancia y la

EL HECHIZO DE RENTERIA



ausencia embellecen las cosas que amamos, aunque siempre he dudado de la efectividad de estos avisos cuando estamos dominados por un deseo lógico, natural y sentimental, como en este caso.

Pasada la emoción de la llegada y terminados los abrazos a familiares y amigos, la realidad se impuso a nuestro buen renteriano, que encontraba todo más pequeño y no tan bello como su imaginación lo había forjado, quizás también porque mentalmente comparaba con lo que acababa de dejar al otro lado del mar, llevándose tal desilusión que, en la intimidad, llegó a exteriorizarla.

Han pasado tres meses. Entre nosotros se encuentra todavía este renteriano, pero ya no parece el mismo, porque a la revivida emoción producida por nuestro folklore se ha unido el despertar de los dormidos recuerdos de una niñez y juventud felices, y ya no teme se le considere un indiano, porque todo sigue igual: afectos, amigos, costumbres, como si su ausencia fuera un sueño.

El cambio ocurrido me ha llamado la atención y me ha hecho comprender que el hechizo de Rentería no está en sus edificios ni en su paisaje, sino en sus hijos; en esos hijos de anteriores generaciones que saben de afectos duraderos y que, como almas gemelas, sienten el mismo cariño por su pueblo que hubieran deseado conservarlo siempre igual, y por ello buscan en el recuerdo el único alivio al dolor de haber sacrificado su Alameda Grande y su ermita de Santa Clara en favor de las necesidades que la vida actual nos impone.

Es muy posible que nosotros, los jóvenes, consideremos este sentimentalismo fuera de lugar, pero en lo que a mí particularmente respecta, sólo lamento que ellos hayan nacido tan pronto o que yo haya nacido demasiado tarde.

J. P.

Uno de don ALE:

Dos padres de familia, americanos, se encuentran en la calle.

—Estoy desesperado —dice el primero—. Tengo el hijo más tonto del mundo.

Sosíégate —le contesta el otro—. Mi hijo sí que es el más estúpido del mundo.

—No lo creo —arguye el primero—. Escucha esto: Acabo de decirle a mi hijo que baje a la peluquería a ver si estoy allí, y el gran imbécil ha bajado.

Al mismo tiempo, los dos muchachos se encuentran en el ascensor y entablan el siguiente diálogo:

Hijo del primero: —Es lamentable tener un padre tan idiota.

Hijo del segundo: —No lo será más que el mío.

—Ni soñar. Escucha: Acaba de mandarme a la peluquería para ver si estaba él allí, con lo bien que hubiera podido informarse llamando por teléfono.

—El mío ha hecho más todavía: Me ha dado un dólar para comprarle un Cadillac y se ha olvidado indicarme de qué color lo prefiere.